

CAMBIO DE PERSONALIDAD EN LA VIDA MILITAR*

ARTHUR J. VIDICH Y MAURICE STEIN

LA característica principal de la vida militar es su formación burocrática, sintetizada en su cuadro jerárquico de autoridad y privilegio y en la especialización interna y bien definida de sus tareas. En este respecto la organización militar sirve de modelo, bajo el punto de vista de su origen histórico y de eficiencia social, a la fábrica, a la prisión, a la oficina, a las tiendas de departamentos a las corporaciones y cada vez en mayor medida, a todo el "sistema social" en el que se requiere del individuo que desempeñe su papel en una especie de obra dramática de grandes proporciones de la que el individuo apenas se da cuenta, pero para la cual se le exige participación absoluta de por lo menos su actuación pública. Sin embargo, debido al ritmo fundamental de las fases de la guerra y la paz de la civilización occidental, la vida militar presenta problemas que son propiedad característica de dicha organización, a saber:

1. Que la comunidad militar se agranda o reduce rápidamente, con lo que se enfrenta con el problema de tener que iniciar a grupos e individuos diferentes dentro de un conjunto armónico de eficiente participación institucional.

2. Que se estima en alto grado la intercambiabilidad de los individuos que la constituyen, según los diversos grados y niveles de la organización. Se crean reservas de tropas intercambiables de modo que su actuación dentro de unos límites mínimos pueda predecirse con suficiente base de seguridad para que se realicen las operaciones militares.

3. Que se adopta una actitud generalizada respecto a la autoridad, la cual se inculca en los reclutas y oficiales de tal manera que el individuo obedezca el mando de la autoridad superior en principio y no como lealtad personal. El mantenimiento de la "cadena de mando" como una ley inflexible descansa en la amenaza a la autoridad, que

está continuamente presente en la pérdida de hombres en el combate. El combate agrava el problema de la sucesión y exige la necesidad de una disciplina y una aceptación automática del mando.

4. Los miembros que integran la organización deben ser adiestrados para que respondan a la importancia, el credo, los símbolos y los objetos de la entidad militar de tal manera que sus actividades y sus actuaciones públicas mantengan y cumplan el propósito de la organización militar. El decrecimiento o la deslealtad públicamente proclamadas constituyen una amenaza a la estructura fundamental de la organización tal como está constituida.

La manera cómo se manifiestan las características de los ejércitos modernos de masas varían según los diferentes períodos históricos y los diversos países. También existen diferencias en la actitud psicológica de los individuos que integran estas organizaciones, según la época y las tradiciones nacionales. Examinaremos la psicología de su modo de desenvolverse del soldado norteamericano en la Segunda Guerra Mundial haciendo notar especialmente la manera cómo su personalidad civil se adaptaba a las exigencias militares y se iba transformando en una nueva personalidad adecuada a los fines determinados por las autoridades superiores.

INICIACION INSTITUCIONAL

La materia prima

Durante la década del 1930, a pesar de la intensidad del desempleo, las fuerzas armadas norteamericanas nunca pasaron de 200,000 hombres. Prevalecía la idea de que la vida militar era parasitaria y carecía de prestigio. El descontento y la falta de entusiasmo en torno a la ley del servicio militar selectivo de 1940 indicaba que ningún sector significativo de la población masculina veía en el Ejército un medio de elevar el nivel social del individuo ni hacer carrera de éxito. Los que ingresaban en el Ejército durante los días del servicio selectivo carecían de respeto para los militares de carrera, y en particular sentían antipatía por la autoridad militar, las clases y los que se acobardaban y llamaban despectivamente "chicken", gallinas. Desempeñaban su papel con la vista y el pensamiento puestos en un pronto licenciamiento. Aunque la catástrofe de Pearl Harbor legitimó políticamente la necesidad de un ejército, no legitimó para cada soldado su participación en el mismo. Las condiciones en que participaba el individuo contradecían la ideología democrática e igualitaria que el ciudadano convertido en soldado traía a su nueva situación militar. Uno de los ma-

yores motivos de irritación se concentraba en la desigualdad del sacrificio, o sea, lo que se ha venido llamando el grado de "privación relativa" que se le imponía al recluta:

Convertirse en soldado significaba para muchos un verdadero despojo. Creían que unos se sacrificaban más que otros, *dependiendo del punto de comparación*.

Tómese como uno de los ejemplos más evidentes el estado marital: El hombre casado llamado al servicio militar, especialmente si era padre, hacía el mismo sacrificio que los otros, además de tener que dejar a su familia. Esto lo reconocieron oficialmente las juntas de reclutamiento y más tarde el propio Ejército por medio del sistema de puntos que daba facilidades de desmovilización a los que eran padres. La renuencia de los casados a dejar los familiares se veía reforzada en muchos casos por la extremada renuencia de las esposas, las que ejercían presión en sus maridos para que gestionaran aplazamientos, gestiones que eran difíciles de resistir. Eran circunstancias que tenían importancia psicológica para los casados a quienes llamaban. El hecho de que las juntas de reclutamiento fuesen más liberales con los casados que con los solteros, era otro ejemplo para los que eran llamados a filas de que otros, en su caso, obtenían ciertas ventajas que ellos no alcanzaban. Al compararse con sus compañeros solteros en las filas del Ejército, notaba el casado que el servir a la patria suponía para él mayores sacrificios que para los otros; y al compararse con sus amigos civiles casados, se sentía que había sido llamado para realizar sacrificios que los otros evadían. De aquí que el hombre casado, por término medio, llegara al Ejército de mala gana y hasta es posible que con cierto convencimiento de injusticia.¹

El recluta entraba al servicio sin una convicción absoluta que le llevara a aceptar voluntariamente el sacrificio. Más bien aceptaba tener que servir basándose en necesidades seculares u oportunistas, razón por la cual se le hacía más difícil aceptar la diferencia en la distribución de privilegios establecida por el sistema militar de castas:

La distinción entre oficiales y soldados es tan grande que todo intento de levantar la moral por medio de exhibición de películas y de partidos de fútbol resulta inadecuado. Lo único que pedimos es ser tratados de nuevo como americanos sin "fuera de límites",

¹ Stouffer, Samuel A., *et al.*, *The American Soldier*, Vol. I (Princeton University Press, Princeton, N. J., 1949), págs. 125-126.

diferencias en las raciones de la comida ni que se nos trate como niños.

¿Por qué los llamados a filas tenemos que estar limitados como en un campo de concentración mientras los oficiales pueden ir a donde quieran? Los oficiales van a las ciudades cercanas, requieren a las mujeres disponibles; hay funciones sociales de vez en cuando para oficiales, pero ninguna para soldados como no sea alguna reunión para jugar a la lotería. Y lo que más nos encocora es ver a un oficial llamado a filas paseando con una muchacha frente a sus compañeros soldados también llamados a filas, cuando a nosotros no se nos permite ni salir con las enfermeras.

Los oficiales consiguen whiskey americano y nosotros no. No creo que sea justo.

Son muchos los oficiales que adoptan un aire de superioridad con los reclutas. Los tratan como si fueran de un nivel inferior. Ocurre que muchos de los llamados a filas, sin graduación, tienen una educación igual o mejor que la de ellos y proceden de familias tan buenas como las de aquellos. ¿Qué somos nosotros los llamados a filas? ¿Algo así como perros?

La predisposición civil veía en el sistema militar de clases la desigualdad en los privilegios respecto a la comida y a la compañía femenina, lo que dio rápidamente lugar a un foco de resentimiento contra la oficialidad que disfrutaba de privilegios y autoridad en una medida absolutamente extraña a la experiencia civil de los reclutas.

En el ejército de una democracia el civil trae consigo ciertos hábitos individuales con los que tiene que romper y ceñirse a la estructura de la jerarquía. Era fácil exagerar la comparación, teniendo en cuenta que los trabajos de las fábricas y otras ocupaciones burocráticas dejan muy poco margen a la discreción individual. Sin embargo, dentro del patrón de la vida civil, queda siempre la "libertad de escoger" en las horas de asueto y en la vida familiar. Inculcar la obediencia instantánea es mucho más difícil en las ocupaciones civiles que en una institución absoluta en la que todos los factores se hallan bajo un solo denominador común. Y esto se ve bien claro en el efecto chocante que produce en los nuevos soldados la autoridad incondicional:

Me gustaría que los oficiales nos trataran como a personas adultas e inteligentes. Los que han sido llamados a filas son los mismos que pensaban y obraban independientemente y, dicho en

otras palabras, se ganaban la vida. Puede ser que en el ejército de antes hubiese quien se reenganchase para seguir llevando una vida relativamente cómoda y sin responsabilidad respecto al futuro. También desearía que hubiese menos repetición monótona, lo que conduce a que se tome menos interés en el trabajo, se pierda el tiempo y con ello se moleste a los oficiales, lo que resuta desventajoso para todos. Si se trata a un hombre como a un estúpido, acabará por actuar como tal.³

Por lo general se mantiene a los reclutas en la ignorancia respecto a la misión que tienen que cumplir personalmente o en grupos, y cuando se demanda una razón para las órdenes recibidas, se le hace a uno callar inmediatamente.⁴

Constantemente hay inspecciones de equipo en preparación para esto o aquello, sin más motivo que el de pasar el tiempo. Tocante a esto el que sea práctica corriente el alentar a los soldados a que mantengan un equipo para inspección y otro para su uso, da una nota de falsedad y hace inútil la necesidad de mantener el equipo limpio.⁵

El Ejército mismo es el que destruye la moral del soldado. La diferencia de clases entre oficiales y soldados en que se basa el Ejército, es una idea equivocada. El Ejército no sabe aprovecharse de los recursos humanos de sus reclutas. A ninguno le gusta ser tratado como si fuera un juguete o un perro para que otros jueguen con él. Tenemos derecho a ser tratados con el mismo respeto con que éramos tratados y nos ganábamos nuestro sustento en la vida civil.⁶

Los oficiales de mi regimiento se aprovechan de su graduación sometiendo a los soldados al capricho de su voluntad. ¿Por qué los reclutas tienen que servir a la mesa de los oficiales, lavarles los platos, hacerles y prepararles las camas y muchas otras cosas que cualquier persona con salud podría hacer por sí misma? Nosotros los que hemos sido reclutados por un año y acaso más, esperábamos dedicar ese año a aprender a ser soldados. ¿Es que teníamos un concepto erróneo de lo que es ser soldado?⁷

La rutina y repetición en la instrucción militar, la frecuente falta de sentido de la autoridad, el investir de mando a clases no oficiales que por lo regular tienen menos educación que los reclutas, el reducir

³ —, *Ibid.*, pág. 71.

⁴ —, *Ibid.*, pág. 70.

⁵ —, *Ibid.*, pág. 78.

⁶ —, *Ibid.*, pág. 74.

⁷ —, *Ibid.*, págs. 74-75.

el entrenamiento y participación del individuo a un común denominador, todo lo cual está constituido y apoyado por una autoridad incuestionable, ha dado lugar a reflexionar al recluta que piensa todavía como en la vida civil y trajo al Ejército ideas establecidas sobre lo que debe constituir la verdadera autoridad.

La expectación propia de la mentalidad civil, meramente constituye la materia prima en el proceso de iniciación militar. Los procedimientos de iniciación transforman el perfil y la imagen que de sí mismo tiene el hombre civil y hacen del recluta un soldado del que se pueda depender y responda como de él se espera. La técnica institucional que se sigue para lograrlo comprende un procedimiento de disolución de la personalidad y de reforma en varios sentidos que en el Servicio Militar Norteamericano no siempre era premeditado ni reconocido por el iniciado.

FORMACION DE IMAGENES PERSONALES COMPATIBLES CON EL SERVICIO MILITAR

Carencia de propósito ideológico del soldado

Una de las principales observaciones hechas en los estudios del Departamento de Guerra, publicadas en *El Soldado Americano*, fue la falta de asimilación personal a los fines de la guerra y la ausencia de convicción o fe en su participación en los servicios de las fuerzas armadas. Speier ha resumido como sigue esta observación:

Los datos suministrados en *El Soldado Americano* acerca de la asimilación personal del soldado y su orientación hacia la guerra, ofrecen un aspecto deprimente. Mientras algunos aspectos individuales del cuadro en total son el resultado de métodos usados sin lugar a indagaciones minuciosas acerca de los motivos y convicciones, el cuadro así compuesto no deja lugar a dudas de que el soldado norteamericano no posee creencias firmes respecto a los fines nacionales de la guerra ni ha desarrollado un elevado sentido personal de aquiescencia al esfuerzo bélico. No estaba muy convencido del significado de la guerra en su totalidad y más bien desplegaba la tendencia a admitir una interpretación verbal momentánea y plausible de la guerra.⁸

⁸ Speier, Hans, *Continuities in Social Research*, editadas por Robert K. Merton y Paul F. Lazarsfeld (The Free Press, Glencoe, Illinois, 1950), pág. 116.

Esta falta de identificación con las interioridades y fines de una institución de tanta importancia refleja la medida de desinterés personal respecto a la justificación de ideologías públicamente proclamadas. El que estas declaraciones públicas no fueran suficiente fuente de energía para motivar un interés no significa que no hubiera otros motivos de adhesión propios, personales y privados. Lo que es más: el que fracasasen los motivos públicamente proclamados no aminoraba la necesidad de afirmar y reiterar esos motivos por parte de las agencias públicas a las que concernía el sostenerlos y propagarlos, aunque esas mismas agencias públicas, especialmente el Departamento de Guerra, estuvieran conscientes del fracaso. El apercibirse del mismo sencillamente se traducía en una circunstancia más que había de tenerse en cuenta por parte de aquéllos que estaban encargados de reiterar los motivos de participación. En términos de línea de conducta a seguir, la aludida situación conducía a incorporar en los cálculos de la organización militar la condición psíquica de la vida del soldado a fin de lograr que éste se entregara de por sí a la consecución de los fines de la guerra. Dentro de un plano menos general que los fines principales de la guerra, se asimilaba al soldado para que participase de un modo significativo mediante la integración psíquica de su ser en la vida del Ejército como vida propia, de modo que aunque ideológicamente estuviera desilusionado, la actividad diaria de la vida militar que él acogía totalmente resultaba más decisiva como motivo que los altos ideales de la guerra. La instrucción del soldado y el que tomase todo su tiempo y recabase toda su atención hacia las actividades militares, servía de sustituto a su falta de ideología y suministraba suficiente fuente de energía para que su participación fuera eficaz.

Instrucción y acoplamiento

Tomado en conjunto es indudable que el entrenamiento básico del recluta despertaba en él ansiedades y resentimientos suscitados por el ataque perpetrado a su módulo de vida anterior y al concepto que tenía anteriormente el soldado de sí mismo. El recluta había sido inmediatamente despojado de todos los atributos que mantenían su personalidad cívica: las cosas de su propiedad, su ropa, su familia, sus amigos, y se le obligaba a colocarse un uniforme igual para todos los reclutas. Se sumergía en un mundo exclusivamente masculino y enteramente diferente del mundo civil de que procedía.

Se puede citar al cuerpo de Infantería de Marina como un caso extremado para ilustrar el impacto psíquico de la instrucción militar. Al recluta se le ha separado simbólicamente de la sociedad en que

vivía, trasladándolo a una isla cercana a la costa, impidiéndole todo contacto con los símbolos sociales convencionales y con todas sus relaciones. En cuanto llega se le hace pasar por todas las dependencias del centro de entrenamiento a fin de encajarlo en un molde común. En una de ellas le obligan a entregar su ropa civil, en otra le cortan el pelo al rape, lo hacen pasar desnudo por varios pasillos para que le examinen físicamente y le pongan unas inyecciones y luego lo hacen vestir militarmente. Al volverse a encontrar con su grupo, el pelotón de reclutamiento, ha perdido ya totalmente la individualidad que poseía y temía tan desesperadamente perder.

En la segunda etapa del ritual iniciativo se le dio a cada recluta su equipo militar completo, incluso el rifle, con el que habría de convivir mientras estuviera en filas. Llevando el recluta el equipo al hombro, metido en un saco, comenzó a marearle el instructor haciéndole que le siguiera en una marcha interminable, sin sentido y dando rodeos para ir a parar al dormitorio que sólo estaba a unos cientos de metros del punto de partida. Los reclutas, en un estado de confusión y alarma, se iban agrupando, llevados a reunirse por haber pasado por la misma desagradable experiencia, y estos grupos se mantenían unidos psicológicamente a través de los símbolos comunes del mismo uniforme, el mismo recorte de pelo, la misma desinfección y el mismo nuevo estado de incertidumbre. El jefe instructor se convertía en el foco principal de autoridad y de resentimiento e inmediatamente personalizaba todos los sinsabores, sin reservas, y el principio autoritario en la mentalidad civil de los reclutas.

Mirado bajo un punto de vista sociológico, la instrucción básica militar servía para despagrupar y reagrupar, de modo que la inquietud psíquica que provocaba era en parte el resultado de la enorme transición psíquica que se estaba realizando. Norteamericanos de diferentes clases y con diferencias étnicas y religiosas tenían que ser despojados de sus características consuetudinarias y se les obligaba a desempeñar un nuevo papel militar, aunque ello contradijese la mayoría de los conceptos esenciales que los sustentaban. Como quiera que no se podía contar con el incentivo ideológico del patriotismo, era necesario establecer durante el período de instrucción otros incentivos que se ajustasen al propósito de la organización militar, muy especialmente el de crear en la mente del recluta la imagen de que era un combatiente.

De nuevo nos puede servir de ejemplo el cuerpo de Infantería de Marina, dado su papel exclusivo de unidad de combate. Para ser un infante de Marina había que ser todo un hombre y para ser un hombre del cuerpo de Infantería de Marina había que adquirir experiencia de combate. La idea de combate se anteponía a las otras como la principal

a adquirir. De acuerdo con esta idea, durante el período de instrucción se inculcaban nuevas definiciones de la masculinidad, característica quizás más necesaria que ninguna otra en la instrucción de los infantes de Marina, puesto que los reclutas tendían a traer un concepto civil y convencional de sí mismos de hombres viriles. Muchos de ellos eran atletas y algunos gozaban de gran popularidad deportiva en las universidades de donde procedían. Este concepto propio de masculinidad, de hombría, de atleta, se desvirtuaba durante el período de instrucción, provocando en los reclutas una especie de atontamiento físico, y por medio de inagotables ejercicios de rifle en los que los reclutas tenían que aceptar sin decir palabra el atontamiento que en ellos se producía; además se les sometía a rigores físicos a los que no estaban acostumbrados. Por lo regular el "héroe" atlético universitario era el que se escogía para producirle un atolondramiento que llegaba incluso a que se desvaneciese, sirviendo con ello de ejemplo a los demás de la ineficacia de la hombría tal como se entendía en la vida civil.

La hombría que se premiaba iba enfocada hacia una adaptación al mejor manejo del rifle. Un hombre de poca estatura y abundantes músculos llegaba a resistir hasta 500 empujes de rifle con más facilidad que un atleta que presumía de músculos. El hombre pequeño y musculoso que aguantaba, se le ponía como un ejemplo de virtuosismo físico. Dejar caer el rifle o tenerlo sucio era motivo de castigo y humillación. El que se tomara acción disciplinaria contra aquéllos que no respetaban el rifle o no cuidaban de él como es debido, hacía que a algunos se les obligase a dormir con la "pieza" como se conoce el arma en términos cuarteleros. Y como, simbólicamente, en el cuerpo de Infantería de Marina, la "pieza" era el símbolo por excelencia de la masculinidad, el tener que dormir con ella producía una confusión simbólica y arrojaba cierta duda respecto a la masculinidad del recluta, víctima de tal degradación.

A través de múltiples procedimientos el recluta iba participando y adaptándose a los símbolos del mundo militar y a reformar o dejar los símbolos que lo identificaban en la vida civil, adquiriendo una nueva imagen de sí mismo de acuerdo con el espíritu y las condiciones de la vida militar.

Naturalmente, no todos los reclutas participaban de la misma manera ni en las mismas condiciones, pero sin duda alguna todos ellos se sometían a circunstancias militares que determinaban los límites de una posible acción. Así el denominado en el Ejército norteamericano "ladrillo de oro" en busca de reconocimiento por los demás, porque se ahorra energías, sólo podía llevar a cabo su resistencia y adquirir identidad, dentro de la contextura que la vida del Ejército le imponía.

El papel de "ladrillo de oro" —goldbrick— el embustero que se hace el tonto, lo practicaba quien a ello se dedicaba, dedicando demasiado tiempo a las labores que le encomendaban y realizando otras a manera de "sabotaje" en pequeña escala contra la eficacia de las operaciones, lo que se permitía como un medio de dar rienda suelta al resentimiento. En realidad el "ladrillo de oro" que se las apañaba para trabajar para los demás lo menos posible, se le tenía en gran estima, especialmente por los demás reclutas; y los que desplegaban excepcional talento para hacerse el tonto gozaban de considerable prestigio por parte de todos, menos de los oficiales disciplinarios. Este modo quintaesenciado de demostrar el resentimiento debido a las labores que al recluta se le encomendaban y al principio de autoridad instituido, explicaban la actitud psicológica de los que adoptaban el tipo de "ladrillo de oro".

La motivación y el desahogo del resentimiento inocuo era llevado a un más alto grado de refinamiento en la protesta burocrática o, hablando psicológicamente, en lo que podría denominarse esfuerzo por manifestar la opinión propia. La tarjeta imaginaria "T.S." de buen comportamiento se suponía que era parte del equipo del soldado y servía para canalizar toda clase de resentimientos dispares. La respuesta característica a las quejas y protestas idiosincrásicas era: "¡Que te piquen la tarjeta!" Y aunque esta contestación definía una situación burlesca, implicaba a la vez lo irónico de que las Fuerzas Armadas con el resto de equipo dieran también la tarjeta "T.S." de comportamiento para que la picase el capellán castrense. Esta era una forma definitiva de burocratización y de refrenar toda posible opinión propia de un modo algo menos pasivo que aquella en que los reclutas solicitaban de sus oficiales que los mantenían a pie firme bajo la lluvia, como olvidados, que les dieran órdenes de poder cobijarse. Se hacía inolvidable el cuadro que ofrecían las tropas formadas murmurando suavemente, mientras les caía el agua encima, "saquen a la tropa de la lluvia", pero mientras tanto cumplían con su deber manteniéndose firmes. Se lograba refinar los impulsos y expresarse con cierta idiosincracia a pesar de la ideología democrática, de manera que no violara el sistema jerárquico ni se detentara el principio de autoridad.

La imagen de sí mismo y la jerarquía

El que el recluta adoptase un concepto de sí mismo, dentro de su posición, respecto a las otras clases de la jerarquía militar era uno de los problemas más difíciles y decisivos para mantener la integridad de la vida militar. En una ideología democrática, como queda apun-

tado, el problema se agrava al requerir igualdad de privilegios y sacrificios. Hace un siglo Tocqueville hizo la siguiente observación de los ejércitos democráticos:

... Los hombres que viven en una época democrática rara vez eligen la vida militar. Por lo cual las naciones democráticas tienen que acabar por renunciar al sistema voluntario de reclutamiento y adoptar el servicio militar obligatorio. . .

En el servicio militar obligatorio la carga tiene que llevarse, sin preferencias ni distingos, por igual por toda la comunidad. Esta es otra consecuencia inevitable de la situación social de estas naciones y de sus ideas. El gobierno puede hacer cuanto le plazca con tal de que afecte a toda la comunidad a la vez; *es la distribución desigual de la carga a sobrellevar, no la carga en sí lo que por lo regular ocasiona alguna resistencia.*⁹

La casta o clases de la jerarquía militar constituye *por excelencia* la desigualdad en la carga. Naturalmente que el problema de adaptarse a la clase que le correspondía no era enteramente extraño para todos los reclutas. Los negros, los puertorriqueños, las clases bajas en general y todos aquellos que habían tenido experiencia en burocracias industriales o del Estado aceptaban las clases militares sin mayor esfuerzo, ya que estaban habituados a las tensiones personales propias de las jerarquías. Sin embargo también éstos y otras tropas con diferencias étnicas o de clase, tenían sus problemas y estos problemas se manifestaban en su forma más característica en el modo como se desarrollaban las relaciones entre oficiales y reclutas.

No era muy difícil el problema para los oficiales. Podríamos hacer referencia a un estudio hecho por el Departamento de Guerra sobre la vida social del oficial y su concepto de que pertenece a una clase superior. Tendríamos que empezar por el papel importante que desempeña la segregación social en las primeras fases de socialización en el entrenamiento del oficial y en las vicisitudes por las que tiene que pasar el cadete:

... La experiencia por la que pasa un cadete en la Escuela de Candidatos a Oficiales no sólo comprendía una instrucción explícita sobre cómo debieran dirigir a los reclutas, sino que contribuía indirectamente a que los jóvenes y nuevos oficiales comprendieran el punto de vista del recluta. La Escuela de Candida-

⁹ De Tocqueville, Alexis, *Democracy in America*, Vol. II, edición en Rústica de Vintage (Libros Vintage, New York, 1954), pág. 286.

tos a Oficiales podría concebirse como una dura experiencia que en algunas de sus manifestaciones no era muy diferente, psicológicamente —en la turbación y la atención a detalles mínimos— a la dura experiencia de la iniciación en las fraternidades escolares.¹⁰

Se sometía a los llamados a ser oficiales a la dura experiencia de una disciplina rígida y a la amenaza constante del fracaso —de que no sirvieran— y a un sistema denominado "chit" que medía un día tras otro la actuación y mantenía la tensión nerviosa. No se permitía expresar públicamente la hostilidad que engendraba una vigilancia tan estricta y un fisgoneo tan minucioso de todos los actos.

El problema de la adaptación de clase de los oficiales consistía en que se identificaran con el motivo de disciplina como una alternativa a la de la hostilidad implícita. Durante el entrenamiento se lograba que progresivamente el cadete se identificara con su papel de oficial permitiéndole gradualmente que asumiera las prerrogativas de clase superior que como oficial le corresponderían, tales como el de aparecer como jefe de un pelotón, tomarse las medidas para su uniforme de teniente, ir adquiriendo las barras de su grado militar y que le admitiesen en el club de oficiales. Los impulsos agresivos reprimidos en un principio, contra los cadetes, comenzaban a dárseles salida en las primeras etapas de la instrucción. El cadete que en la vida civil pertenecía a una clase superior, tomaba represalias por las indignidades que se le habían hecho sufrir en un principio contra aquellos que eran ahora lo que él había sido antes, con lo cual experimentaba una restauración de su propia valía que, sin embargo, se ajustaba al concepto y admisión de casta o clases.

Más tarde, según vemos en los estudios del Departamento de Guerra, los oficiales sufrían la misma experiencia respecto a su yo, en relación con el recluta:

El nuevo oficial, un tanto incierto en su papel y acaso sintiéndose algo culpable de su nueva situación favorecida en relación con sus compañeros los soldados de filas, reaccionaba asegurando su situación y veía en la dura experiencia una justificación a sus nuevas prerrogativas. Se sentía que se las había *ganado*. Y la manera cómo se las había ganado tenía para él un valor especial. Daba gran importancia a la manera de actuar del oficial

¹⁰ Stouffer, Samuel A., *et al.*, Vol. I, *Ibid.*, pág. 389.

reclutado y razonaba que lo que había sido bueno para él también debía serlo para aquéllos a sus órdenes.¹¹

Como era de esperar, a los reclutas no les importaba ni poco ni mucho la "dura experiencia" por la que había pasado el oficial y tendían a interpretar su despótica conducta de que eran víctimas los reclutas en los 90 días de instrucción como dentro del marco de las prerrogativas rituales de casta de la oficialidad. La admisión del sistema de clases del recluta se debe a otros puntos de vista psicológicos completamente diferentes.

Era sabido que los llamados a filas se mostraban hostiles a los oficiales y resentían el sistema de clases. Sin embargo, se les permitía expresar su resentimiento. Esto se comprueba en los periódicos que publicaba el Ejército. La columna "B-Bag" en el periódico *Star and Stripes* contenía muchos comentarios de esta índole. Sad Sack, el personaje creado por el caricaturista George Baker, recurría a chaplinescas sátiras del sistema de clases. Las caricaturas de Bill Mauldin, tan brillantes como incisivas, expresaban el sentimiento del soldado llamado a filas. Dos de sus caricaturas acuden a nuestra memoria: en una de ellas dos oficiales están contemplando una espléndida puesta de sol. Uno le dice al otro: "¡Qué vista tan bella! ¿Habrá también alguna para los soldados?" En la otra se ve a un combatiente, cansado, agotado, encogido en la cama de un hospital, rodeado de dos capitanes y un comandante del Cuerpo Médico. Uno de ellos le dice a los otros: "Creo que lo menos que podía hacer ante nosotros es estar echado en posición de firmes". El tema del resentimiento marcha paralelo a los de la superioridad moral, espiritual y al sacrificio de los reclutas como queda indicado en las caricaturas mencionadas en las que se pinta que el soldado llamado a filas es el que lleva el peso y los sacrificios de la guerra. Los reclutas admitían y vivían dentro de la realidad de la diferencia de clases, pero psicológicamente no aceptaban su situación. El que se les permitiera, aunque no oficialmente, manifestar su resentimiento si bien sólo fuera en un plano simbólico, era un medio de desahogar continuamente dicho resentimiento sin tener que atenerse a la realidad social y a la indispensabilidad del sistema de clases y su posición dentro del mismo. Así el llamado a filas podía conservar una seudoidentidad de su persona como un soldado dentro de una democracia, sin serlo. El concepto que tenía de sí mismo se basaba en la aceptación inconsciente de dos niveles conscientes mediante los cuales las características individuales de la vida civil podían mantenerse dentro del molde militar de la diferencia de clases.

¹¹ —, *et al.*, Vol. I, *Ibid.*, pág. 390.

Imagen de sí mismo como clase y como combatiente

Una de las características de la vida de combate es que hace imposible para el oficial ejercer sus privilegios corrientes de clase. Las diferenciaciones son peligrosas, y el llevar uniformes distintos o insignias muy visibles, lo convierte en blanco del fuego y del enemigo. Ya en el frente, no hay objetos de consumo de lujo y las vituallas que suelen escasear se distribuyen por igual sin tener en cuenta los grados militares.

Existe cierta solidaridad entre oficiales y soldados, que los distingue de los que no han participado en combates. Mauldin lo reconoce en una de sus caricaturas en que muestra a un capitán en la línea de combate, descuidado, sin afeitarse, en un "jeep" que conduce un soldado, también con el uniforme sucio y arrugado, y pasan ante unos letreros, uno de los cuales indica que un club para oficiales no combatientes, y el otro un club para soldados en que se exige que todos lleven corbata. El pie de la caricatura dice: "¡Al diablo con todo esto! Volvémonos al frente". Respecto a la relajación de la disciplina, otra caricatura muestra a un teniente de aspecto gris, jugando a la baraja con dos soldados, uno de ellos de color, en una trinchera en la línea de combate. El soldado de color dice con el acento propio de las gentes de su raza: "Ahora que me acuerdo, ¿qué cambios eran esos, mi teniente, que iba a hacer el mes pasado cuando tomó el mando?" En la publicación *The American Soldier* se daban a conocer las diferencias significativas en la actitud de los reclutas respecto a los oficiales a medida que se acercaban a la línea de fuego. Había menos resentimiento contra los oficiales y aumentaba la confianza que en ellos depositaban las tropas en la zona de combate.¹² En la línea de fuego se permitía una solidaridad sin ceremonias entre las diferentes clases debido a la experiencia común del baño de sangre y al deseo común de salir con vida de la contienda. En el frente de combate la primitiva lealtad de grupo substituía a las relaciones de ritual propias de la diferencia de clases.

Vemos, pues, que una de las principales funciones de los grupos de combate es la de integrar a oficiales y reclutas, eliminando así las características más desagradables de la diferencia de clases. Sin embargo, esto es precisamente lo que un sistema de castas o clases está llamado a evitar. Semejante paradoja merece un examen más minucioso, ya que en este punto tienen mayor significado los motivos que aconsejan el sistema de clases.

Se ha definido el combate como una experiencia excepcional que permite al soldado darse en toda su integridad. Se acusaba al recluta

¹² *Ibid.*, Vol. I, pág. 366.

en su período de entrenamiento y al soldado de guarnición de tener un concepto exagerado de sí mismo. Como quiera que es el oficial el que ejerce el poder, el que los reclutas en su período de instrucción tuvieran que admitir la superioridad de aquél, no contribuía a restablecer la propia estimación herida del llamado a filas. En las unidades de entrenamiento, de duración limitada y completamente dominadas por los oficiales y las otras clases, el que surgieran espontáneos grupos poderosos entre las tropas, era lo que menos se podía esperar. Sin embargo, es durante este período de instrucción y el de guarnición que le sigue cuando se hace más necesario cierto apoyo no oficial. Los impulsos primarios de formar grupos, se exacerban en estos casos en que se hace más notoria la diferencia de clases: en que se somete a las tropas a una disciplina irracional y se les impide que formen grupos que se defiendan de los ataques a la propia estimación.

Ante semejante situación mental amenazadora, era de esperar que las tropas manifestaran en considerable medida su resentimiento y su ansiedad. No se le deja al recluta camino alguno para que recobre su propia estimación perdida. Algunos de ellos, naturalmente, podían llegar a ser oficiales y gozar de los privilegios de clase a costa de sus compañeros menos afortunados. Otros podían ascender arduamente a graduaciones dentro de las clases de tropa, lo que les ofrecía cierto estado de seguridad. El que se le permitiera estas salidas hacía concebir al recluta que aspiraba a los ascensos, que existía cierta relación entre las aspiraciones de la vida civil y el sistema de ascensos en la vida militar. Sin embargo, esta salida no era fácil para todos los llamados a filas, ya que la mayor parte se veían obligados a servir permanentemente en unidades en calidad de soldados rasos para los que no había otra alternativa que los deberes de guarnición o los de combate. Aunque los reclutas tenían muy poca oportunidad de elegir sus destinos, es indudable que la mayoría prefería la vida de guarnición a la de combate. Mas el propósito del entrenamiento del soldado era hacerle sentir que era mejor pertenecer a las unidades de combate a pesar del riesgo que con ello corrían sus vidas.

El concepto que se había creado de la vida en el frente era el de que la odiada etiqueta de clases desaparecía, substituyéndola una camaradería propia de la línea de fuego. Además en el combate el soldado podía afirmar mejor su propia masculinidad. Todos miraban con respeto a los combatientes, especialmente en los campos de instrucción donde aquellos soldados que habían sido combatientes eran motivo de deferencias superiores al rango que tenían. En el frente se podía lograr restaurar la propia estimación y actuar con verdadera hombría.

El problema de las tropas y oficiales que regresan del frente a la

vida de guarnición ofrece un aspecto distinto. Como quiera que la rigurosidad de las jerarquías se pierde un tanto en el combate, los grupos que en la línea de fuego se han formado y las relaciones leales que se han mantenido, se prolongan al verse reunidos, aunque ya no sean combatientes; pero he aquí que al retornar a la vida militar ordinaria se requería una reintegración a la conducta propia de las jerarquías. El volver al sistema de clases después de la camaradería de la línea de combate, provocaba una de las tensiones más agudas de la vida militar, porque chocaban la lealtad y la amistad y el concepto que todos tenían de sí mismos y que había sido logrado con el bautizo común de sangre. Al restablecerse las jerarquías no podía hacerse en las mismas condiciones que antes. Ahora adquiriría un carácter abstracto y no podía ejercerse con sinceridad por parte de las tropas ni de los oficiales. Y se substituía con una especie de sicología conspiratoria mediante la cual se llegaba a un tácito entendimiento entre los oficiales y los soldados de que era necesario aceptar la situación, porque "así era el Ejército". Las relaciones entre las diferentes clases se convertía en una especie de juego a cuyas reglas todos se atenían, propio de la institución militar y que se reflejaba en la frase: "El oficial es en realidad una buena persona, pero tiene que actuar así".

En innumerables películas de Hollywood se ha presentado este papel que se asume desempeñan los oficiales. Un jefe, aparentemente implacable (que puede ser el que manda un avión de combate, el capitán de un navío de guerra, un sargento primero, pero nunca un cabo) al que odian todos sus subordinados por su crueldad y su sadismo, en el curso del argumento se revela como un hombre que quiere de veras a sus hombres. Se da a entender en la película o la obra teatral que de manifestarse amigo de sus subordinados éstos podrían acusarle de parcialidad o de protección de su unidad a expensas del resto de las fuerzas, por lo cual se atiene al papel de dirigir la operación que se le encomienda sin contemplaciones para nadie, con lo cual cumple con su deber para sus hombres y para su país. Todo ello ilustra las consecuencias indeseables de una relación demasiado estrecha entre oficiales y soldados y la posibilidad latente de que seduzca a los oficiales la perspectiva de acoger de mejor grado al grupo leal desarrollado en el combate que a sus superiores.

Como resultado, los llamados a filas aceptan el sistema de clases, el valor y las jerarquías como un sistema social inevitable, y los oficiales gozan de sus privilegios sin que les remuerda la conciencia. En llegando a esta conclusión tanto los oficiales como los reclutas resuelven las tiranteces despreocupándose de la realidad social y creyendo que la realidad de ellos mismos es la que vivieron en el frente de com-

bate. Esta presunción es tan irresistible que con frecuencia lleva a los soldados a exagerar sus experiencias en la línea de fuego y a veces llegan hasta inventar tales experiencias de combatiente.

La capacidad para crearse una imagen propia radica en la habilidad para olvidarse de experiencias recientes e imaginarse, cada uno según su situación, una personalidad lo suficientemente práctica para mantener el papel que a sí mismo se ha asignado. El personaje civil que era, se ha disuelto, al menos mientras esté en filas y lo ha substituido, en su imaginación, una figura militar plástica que como quiera que sea hace que los soldados piensen que lo son y están dispuestos a luchar. Parece ser que el soldado llega a desarrollar la capacidad de desaparecer imaginariamente de una situación y luego crearse otra propia que a ella se amolde.

La imagen de sí mismo en el futuro

En el fondo de esta fácil adaptabilidad está la imagen civil que el soldado se crea a sí mismo. Cuando en el Ejército se les preguntó a los soldados, por qué combatían, la mitad hizo hincapié en terminar la guerra o en salvaguardar su hogar y los suyos.¹³ Como hemos podido observar el verdadero significado de la guerra para aquéllos que en ella participaban, apenas se identificaba con un sentido de cruzada nacional o de defensa de la patria. En general los reclutas poseían la sorprendente propiedad de ver la guerra como unos años antes habían visto la crisis económica, o sea como un tropiezo o un retroceso temporal en la marcha hacia un futuro de éxito y de felicidad. El que, en general, pensaran de un modo romántico en el hogar, en las novias y en su país con mezcla de incertidumbre ante la perspectiva de que hubiera una crisis económica como resultado de la guerra, indicaba la idea que tenían del futuro los soldados norteamericanos. La desorganización que cundía en la prisa de ser licenciados, terminada la guerra, revelaba el deseo que tenían de despojarse de su personalidad militar (y es conveniente recordar que era un deseo más bien que una posibilidad de fácil realización como lo probaba la conmoción que les producía la transición de la vida militar a la civil). El futuro resolvería el desequilibrio de clases y les aseguraría una distribución de privilegios y de artículos de consumo sin las cortapisas de las limitaciones jerárquicas. A veces los llamados a filas veían en el futuro la oportunidad de desquitarse de los oficiales: "El día que vea a ese hijo de tal en traje civil, lo mato". Este futuro imaginario era fuente y motivo de nuevas ener-

¹³ *Ibid.*, obtenido de la tabla I, Vol. II, pág. 109.

gías y una razón más para aceptar la diferencia de clases en la situación militar del presente. La imagen de sí mismo en el futuro hacía que el recluta se sintiera consciente de su yo en el presente.

La vida militar representa un gran obstáculo para aquellos que al ingresar en ella traen su propia manera de ser y quieren continuarla. Lo que es más: los requisitos que exige la vida militar, no hace posible imaginarse con facilidad una personalidad que sea útil al recluta en todas sus experiencias durante su permanencia en filas. Más bien, los cambios de experiencia reclaman cambios en la personalidad; las diferentes etapas de la vida militar evocan imágenes diferentes del propio recluta. Visto así el problema, la disolución de grupos o el agrupamiento a que lleva la vida militar son paralelos a la disolución de la propia personalidad creada y a una nueva creación de la misma. El identificarse uno consigo mismo se basa en la multiplicidad o disparidad de las diferentes manifestaciones de la experiencia que ofrece la realidad.

El mejor sistema de defensa propia del soldado es el mantener aquellas imágenes de sí mismo que le permitan actuar sin tener en cuenta la consistencia o falta de ella que pueda existir entre la realidad que se experimenta y la personalidad más agradable que sostiene la ilusión propia. Como quiera que no hay una imagen de sí mismo que entrafie e integre la experiencia inmediata, el ser que el soldado se crea existe en estados cambiantes y dispares de su conciencia paralelos a los que se efectúan en la comunidad en general. El pasado civil, la personalidad defraudada del período de instrucción, la exagerada o falsificada de su conducta en el frente y, sobre todo, la que se ha creado de su vida civil futura, se combinan de diferentes maneras para lograr un concepto propio practicable. La capacidad de poder vivir consigo mismo depende de la capacidad de poder vivir en un mundo de múltiples realidades y múltiples estados de conciencia. El estado de conciencia de víctima, debido a la situación, es lo que ocasiona el cambio de la personalidad propia en la vida militar.